





# UN CAZADOR OBSERVADOR



José Luis Charro Caballero

UN CAZADOR OBSERVADOR



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Charro Caballero

© Fotografías: José Luis Charro Caballero

Para su uso o difusión contactar con Editorial Adarve.

ISBN: 978-84-18366-78-9

ISBN digital: 978-18366-79-6

Depósito legal: M-21381-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5. Local.

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Mari Carmen: Mi Madre  
Apasionada del campo y la naturaleza, del pueblo y de la caza.*



# Índice

Prólogo .....	11
1.-Nota del autor .....	17
2.- ¡Adiós perdiz, adiós!.....	21
3.- Ya no hay caza como antes... ¿O tal vez sí? .....	25
4.- Fusión vs. confusión.....	31
5.- La alta cinegética. La caza cinco estrellas.....	35
6.- Turismo en la naturaleza .....	43
7.- Cuento de Navidad .....	47
8.- Una alternativa respetuosa con el medio ambiente.....	51
9.- El lobo feroz .....	55
10.- Ciervos de categoría.....	59
11.- El ingeniero y la caza .....	63
12.- Montes y bosques, pumas y lobos .....	69
13.- El perro de muestra .....	73
14.- La taruca .....	77
15.- Sobre alimañas y plagas.....	81
16.- Sobre el furtivismo.....	85
17.- Caza y magia.....	87
18.- Las buenas prácticas en la caza .....	91
19.- Campeonato de caza sin caza .....	95
20.- Sobre pumas y lobos.....	97
21.- El cazar de nuestros padres .....	101
22.- Monteros y tiradores.....	107
23.- Juegos prohibidos.....	111
24.- La caza de predadores .....	113

25.- Para ser cazador.....	117
26.- ¿Dónde está el límite?.....	119
27.- Sobre tiradores y cazadores .....	123
28.- Los tinamúes.....	127
29.- Importancia del manejo y gestión de fauna silvestre en el medio natural.....	131
30.- Protección animal y caza.....	135
31.- El cazar de nuestros hijos. ¿Será mi hijo cazador? .....	139
32.- La loba se marcha al sur.....	143
33.- La carne .....	147
34.- Otra mirada, otra emoción .....	151
35.- La sociedad de cazadores del pueblo .....	153
36.- Bambi.....	157
37.- La viña y la perdiz .....	161
38.- Cazador de primera división.....	165
39.- Cazar y conservar.....	171
40.- El deportista cazador.....	175
41.- La gayomba .....	179
42.- Cazar y no espantar.....	183
43.- Sueños de cazador.....	187
44.- Siempre se hizo así.....	189
45.- Contabilidad cinegética, ecológica y financiera.....	193
46.- Formación medioambiental.....	195
47.- La caza en Argentina .....	197
48.- Repoblar.....	203
49.- Investigación ecológica y cinegética .....	207
50.- Comer caza.....	211
51.- La misión de los animales silvestres .....	213
52.- Verde que te quiero verde .....	215
53.- Una obligación medioambiental: cazar .....	219
54.- Lo que no es caza.....	223
55.- Aquellos niños de pueblo.....	225
56.- Cultivos agroforestales .....	227
57.- La caza en el tiempo .....	229

## Prólogo

Desgraciadamente, en los tiempos que corren, la cinegética vive su particular caza de brujas. Por un lado, la mayoría de los medios de comunicación generalistas están volcados en contra de esta noble actividad, encarnado en sus presentadores estrella, que manipulan y arremeten con odio contra nosotros, los cazadores.

Y por otro lado, las asociaciones eco-radicales afloran por doquier al corrompido olor de la subvención, haciendo más y más ruido con el único fin de engordar sus arcas, sin importarles lo más mínimo la situación real del campo y del medio rural, el cual desconocen, como evidencian continuamente.

Ni los medios de comunicación ni las asociaciones ecologistas establecerían un discurso tan agresivo y sesgado si no estuvieran alentados y promocionados por una clase política sectaria y alejada de la realidad del mundo rural, de sus medios de vida y de sus tradiciones. Muchos de ellos prefieren difamar y estigmatizar al colectivo cinegético que reconocer la imprescindible y encomiable labor que realiza en el ámbito natural, haciendo viable su sostenibilidad y la del medio rural donde se lleva a cabo. Algunas de ellas, como el control de poblaciones para reducir zoonosis, evitar accidentes de tráfico con especies cinegéticas, la supervivencia de especies protegidas, prevención y conservación del medio para evitar incendios forestales o la fijación y desarrollo de las áreas rurales, son solo una pequeña muestra de las innumerables labores que el sector de la caza realiza en España.

Estos momentos en los que la lapidación de la caza se erige como una forma de vida, una moda generada en las grandes urbes, tan separadas de la realidad del agro (γγο) \* y de lo que acontece día a día en los campos y pueblos españoles, es cuando más debemos apoyarnos en la ciencia y la investigación para reafirmar la verdadera y esencial labor del cazador, y a su vez conservador, en este mundo. Estudios, informes, conteos y casos reales, además de la buena y ejemplar praxis de cada uno de los cazadores de nuestra sociedad, sería más que suficiente para desmontar las falacias e injurias que los detractores antes mencionados lanzan sin pudor contra la acción venatoria.

Ahora es cuando más hemos de apoyarnos en la figura del cazador conservador. Este no es un mesías que está por llegar, ni tan siquiera que se haya inventado en el siglo XXI, sino que ambas palabras son intrínsecas y complementarias y una no tendría sentido sin la otra.

El cazador está embebido en el conservador, científico o naturalista desde que el hombre empezó a tener curiosidad por estudiar y aprender más sobre las especies con las que convivía. Estas inquietudes fueron el inicio de algunas de las expediciones más fascinantes que se han llevado a cabo por el Globo, y cómo no, por nuestro país, atrayendo hasta nuestra tierra a reputados científicos y aventureros en búsqueda de especies desconocidas por el resto del mundo.

Los alemanes Heinrich F. Link y el Conde Hoofmansegg en 1798 fueron unos de los primeros en adentrarse en la España profunda en búsqueda de animales y plantas. Sin embargo, fueron las expediciones de Abel Chapman y Walter J. Buck a partir de 1870 las que verdaderamente dejaron poso en nuestro medio natural, y por supuesto en la bibliografía española con sus excelsa obra *Wild Spain La España Agreste* \*.

Estos jóvenes cazadores y naturalistas británicos exploraron, describieron y catalogaron paisajes y especies silvestres de la península ibérica del siglo XIX. Sus esfuerzos y conocimientos en la

caza y la conservación derivaron en encomiables trabajos para la protección de especies amenazadas como la *Capra pyrenaica*, o la creación de áreas naturales protegidas como el Coto de Doñana, y las Reservas Reales de Gredos y Picos de Europa.

Ellos son un claro ejemplo de cazador conservador, como así lo describe Luis de Mora-Figueroa en el prólogo a la obra *La España Agreste. La Caza*, publicada por Giner en 1982: «...la conjunción del cazador y explorador naturalista posibilitó, con su cúmulo de observaciones y pruebas aportadas, el desarrollo de disciplinas tan dispares como la etología o la taxonomía. Champman y Buck enriquecieron varios museos con sus frecuentes donativos de especies cobradas...».

De todas formas, no hay que remontarse a siglos pasados para encontrar este tipo de cazador conservador tan necesario en estos momentos de carencia de reconocimiento a la acción venatoria. A través de los artículos publicados en este sencillo, pero magnífico libro, descubrirá, querido lector, como el autor, José Luis Charro, es un reflejo actual de aquellos naturalistas apasionados que no dudaban en recorrer países desconocidos con el fin de aumentar sus conocimientos y divulgarlos a la sociedad.

José Luis Charro Caballero, ingeniero de montes por la Universidad Politécnica de Madrid, realiza actualmente trabajos medioambientales de gestión de espacios naturales, tanto en su vertiente práctica, como en la de investigación en la provincia de Catamarca (Argentina), donde arribó en 2012 tras una dilatada experiencia profesional en los montes españoles. A parte de sus artículos científicos, se ha preocupado de la divulgación de los resultados, ya que considera que la conservación y mejora del medio natural es una labor que nos corresponde a todos y muy especialmente a los cazadores.

Es precisamente esta información científica la mejor arma que los cazadores del siglo XXI disponemos para enfrentarnos a los enemigos que nos acechan para denostar nuestra actividad.

Y es que, como bien recogió José Luis en una de las entradas a su blog titulada «Cazar y Conservar»\*, que con británica puntuali-

dad publica en la web [www.club-caza.com](http://www.club-caza.com) desde el año 2013, «El cazador es hombre de campo y es un técnico medioambiental empírico, que sabe dónde está esa línea sutil que hay entre el esplendor y la decadencia de una especie cinegética. No es un personaje de otra época, es un naturalista actual».

Eso es lo que somos, como acertadamente reflexiona el autor de este libro. Naturalistas en potencia que basan sus argumentos en un cúmulo de horas de observación, infinidad de jornadas de experiencia y finalmente en la obtención de meditadas conclusiones de lo anterior. ¿Y cuál es el resultado de este sumatorio? Atendiendo a la definición de la Real Academia de la Lengua Española: «Al conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales con capacidad predictiva y comprobables experimentalmente, se llama CIENCIA».

La inmensa mayoría de los cazadores, entre otras muchas cosas, gustan de practicar esta actividad porque nunca dejan de aprender. El verdadero cazador, en cada nueva jornada que se echa al monte, atiende, aprende y vuelve a casa con la gratitud de conocer un poco más el entorno que le es familiar, pero que no deja de sorprenderle. Esta es una de las circunstancias por las que los cazadores más veteranos mantienen el ímpetu intacto por salir una y otra vez de caza, sin que el número de capturas sea lo más importante.

Muchos de estos «monteros viejos», a pesar de los años y bregas por el monte, sienten la misma emoción que el pequeño Antón, protagonista de *Ya se acabó el alboroto\**, la primera novela publicada por José Luis cuando, con inquietud y nervios, colocaba su primera trampa elaborada con hilo de alambre para cazar liebres, o cuando diseñó una ingeniosa esparrilla\* a base de madera y badana con el fin de capturar pajarillos.

Todos estos aprendizajes y emociones que sienten los auténticos cazadores y que les lleva innatamente a ser conservadores, emanan, al igual que uno de los pilares en los que se basa la ciencia, en la observación.

Este observar no es mirar distraídamente, sino que es de suma importancia en los quehaceres del cazador. Presta atención máxima a todo un entorno, fijándose en cada detalle y poniendo los cinco sentidos en escudriñar cada rincón del medio que le rodea. Este, aunque salga al campo a dar un simple paseo sin sus achipreres venatorios, examina con detenimiento allá por donde pasa. Una pisada, la floración de cada planta, el caudal de un arroyo, el cantar de las aves, la llegada de las migratorias, una rama partida o una simple piedra desplazada. Detalles ínfimos para cualquier mortal, pero que hablan y cuentan mucho para un cazador observador.

La importancia de esta acción la definió perfectamente el filósofo y cazador José Ortega y Gasset en el majestuoso ensayo cinegético que escribió para prologar el célebre libro *Veinte Años de Caza Mayor del Conde de Yebes*, y que plasmó con estas acertadas palabras: «No es, pues, andar y andar, subir riscos, bajar cárcavas y barrancos, silenciar el paso, pacientar en esperas, tener puntería, lo que más esencialmente tiene que hacer el cazador, sino ¡quién lo diría!, la menos musculosa de las operaciones: mirar».

Y es aquí, en este punto, donde vuelven a coincidir las sabias reflexiones del maestro Ortega con las prácticas y metodologías de trabajo y estudio que el autor de este libro refleja en muchos de sus artículos, algunos de los cuales podrá disfrutar a continuación y que han sido alcanzados, entre otras cosas, por ser paciente en el mirar.

José Luis, a pesar de su juventud, se ha convertido en un cazador conservador a base de trabajo, motivación y sobre todo de pasión por lo que hace: cazar y gestionar. Todos sus conocimientos, que están basados en la experiencia, los ensayos y la observación, no solo ha sido capaz de plasmarlos en su ámbito laboral, sino que ha tenido a bien compartirlos para todos aquellos ávidos de sapiencia, bien sea por asumir sabiduría o por dar respuestas a problemas.

Es por tanto el autor de este libro uno de estos cazadores-conservadores-observadores, que con la ciencia por bandera, exponen, tratan y sacan conclusiones sobre la venatoria del siglo XXI,

y que tanto necesitamos en estos momentos para dar a entender a los profanos y manipuladores de este mundo la importancia que la caza tiene para el medio natural.

Disfruten ahora pacientemente y por partida doble de *Un cazador observador*.

ANTONIO ADÁN PLAZA  
Madrid. Marzo de 2020

## Referencias

1 \* άγρο. Del gr. άγρο- agro-. Significa 'campo'. Agropecuario según la RAE.

2 \* *Libro La España Agreste. La Caza*. Ediciones Giner, 1982. Es una traducción de la obra original de Abel Chapman y Walter J. Buck titulada *Wild Spain* y que se publicó en 1883.

3 \* *Cazar y conservar*, entrada al blog *El Cazador Conservador* publicado el 23 de mayo de 2016 en la web de [www.club-caza.com](http://www.club-caza.com)

4 \* Primera novela publicada por José Luis Charro junto a su padre Fernando, bajo el seudónimo de Olivia Envero. Editorial Adarve 2018.

5 \* Armadizo en forma de ballesta, elaborado a base de madera y cuerda, empleada para cazar pájaros.

## 1.-Nota del autor



Presento una compilación de artículos sobre gestión de fauna silvestre en que la actividad venatoria es una parte de la misma. No podemos olvidar que la caza, aparte de ser un deporte que arrastra grandes pasiones, es una labor necesaria, como herramienta de gestión, que incide positivamente en la conservación y cuidado del medio natural.

Hoy cazar no es indispensable para la supervivencia del ser humano, pero sí lo es para la conservación de los ecosistemas. La actividad cinegética, aplicada con criterio técnico basado en estudios previos y experiencias empíricas, es precursora del fomento de la biodiversidad y además con una planificación apropiada es un gran impulsor del desarrollo de la económica rural.

Cada epígrafe corresponde a un artículo escrito en un momento en que las circunstancias me llevaron a plasmar ese pensamiento

que correspondía a «aquél entonces», me he abstenido de cambiar el contenido de los mismos porque se trata de las experiencias vividas del trabajo diario en el campo, y «aquél entonces» muchas veces cobra sentido «hoy». Invito al lector a hacer su valoración.

El medio natural está en constante cambio, la gestión y manejo del mismo busca un equilibrio óptimo, que por su propia naturaleza es dinámico. Es una labor diaria de observación e identificación de las modificaciones que suceden en el medio mediante, en la cual podemos intervenir de una manera favorable para que dichas modificaciones sean progresivas y nunca bruscas; estos cambios no hay que interpretarlos siempre como negativos, ya que si bien pueden dar lugar a carencias que hay que solventar, otras veces dan lugar a excesos que hay que aprovechar.

Por esto la rutina del gestor del medio natural es buscar que las variaciones en dicho equilibrio, en condiciones normales, sean mínimas, y por lo tanto las actuaciones han de ser progresivas y siempre buscando el óptimo ecológico, social y económico en el territorio objeto de gestión:

*Ecológico:*

Integrar en la gestión todas las comunidades del medio y considerar las que son objeto de aprovechamiento y las que no. La gestión integral del territorio tiene el principal objetivo de dejar un medio ambiente en las mejores condiciones posibles a las generaciones venideras con paisajes armoniosos y recursos de calidad.

Y planificar las extracciones en función de la tasa de reposición, lo que da lugar a un excedente aprovechable denominado «posibilidad anual». De esta forma a los recursos naturales se les añade el calificativo de la excelencia de la gestión: *renovable*. Es decir, el extremo opuesto al *oportunismo* que supone en muchos casos la extracción para la ganancia inmediata y que compromete los recursos a medio o largo plazo. Afortunadamente la sociedad de hoy ha tomado conciencia sobre los abusos que se han cometido en la naturaleza y que, desde ya, han de ser evitados.

*Social:*

La sociedad ha de tener acceso al conocimiento de la gestión llevada a cabo en la naturaleza y así poder valorar la positividad de las acciones desarrolladas. Los pobladores locales han de ser partícipes de las actividades realizadas en su comarca, y vivirlas como suyas.

De esta forma no se generarán tensiones entre los diferentes grupos de la sociedad, ya sean partícipes o no de «la vida en el campo».

*Económico:*

Los aprovechamientos rentables fomentan el interés de la participación e inversión por parte de la empresa privada. El objetivo primordial es revalorizar los campos como patrimonio de todos y conseguir extracciones periódicas renovales.

En este escenario de actuaciones beneficiosas para el medio, la intervención del Estado para velar por su ejecución ha de tener coste cero. Esto se consigue gestionando también los bienes públicos con los mismos principios que los privados.

Por lo tanto, dicho «óptimo» solamente es alcanzable mediante la gestión integral del medio, hay que considerar en conjunto todas las actividades y aprovechamientos naturales. Las comunidades presentes en un hábitat están en constante interactuación y se ven afectadas ante cualquier acción, y por lo tanto su evaluación ha de ser global para el ecosistema.

A veces los cambios bruscos se originan por causas naturales incontrolables, como por ejemplo catástrofes climáticas, enfermedades... En estos casos hay que trabajar para revertir la situación, pero mirando hacia el futuro sin olvidar que el objetivo siempre es llegar de manera estable al equilibrio óptimo, que por su dinamismo obliga a replantear la planificación permanentemente.

La caza es herramienta de gestión y conservación, aprovechamiento forestal, turismo rural y deporte. Por lo tanto afecta al ecosistema, a las comunidades habitantes locales, a la actividad económica y al hombre como individuo que tiene derecho a practicarla.

Es una actividad que bien planificada permite unas extracciones, piezas de caza, que atrae a gran número de apasionados y que promueve el motor económico del desarrollo rural.

Cuando en un territorio hay limitaciones al ejercicio deportivo de la caza, es que han fallado muchos aspectos en la gestión medioambiental. La caza es un testigo de la salud de los montes. Y el cazador, siempre conservacionista, es el primer interesado en el cuidado de la naturaleza, porque los espacios naturales hay que cuidarlos no solamente con prohibiciones.

Los epígrafes que vienen a continuación están ordenados cronológicamente. En ellos siempre se buscó la divulgación desde la ética y la estética que hay en el arte de cazar.

Los principios que siempre están presentes son:

- Respetar a las personas que trabajan o disfrutan del monte.
- Cuidar y conservar el medio ambiente natural.
- Que el acto cinegético sea único y bello.
- Defender los derechos de cazador.

Es decir, sería deseable que siempre que un cazador termina su jornada deportiva, los oriundos le despidieran con afecto, deseando que vuelva pronto a visitarlos. Que en el monte no se hubiera notado su huella; y que los lances de caza queden grabados en la memoria, tanto por su belleza dinámica y el valor estético de la pieza de caza como por la emoción que ese lance le ha producido. Y esta emoción daría paso a otra, la emoción de la espera, si el cazador sabe que por la buena salud del entorno repetirá esa vivencia vitalista que es cazar.

## 2.- ¡Adiós perdiz, adiós!



La perdiz roja silvestre es la reina de la caza menor en España. Por la afición de los cazadores destaca sobre todas las especies cinegéticas; por desgracia hay sitios en los que hoy pasa por mal momento, ya que prácticamente ha desaparecido de muchos cotos. Veamos cómo y por qué hemos llegado a esta situación.

Los cazadores y gestores debemos conocer cuáles son los factores que hacen vulnerable la población de patirrojás; analicemos las tres causas fundamentales: el uso de los campos, los predadores y la caza mal gestionada. La mengua de una población se debe, en definitiva, a la disminución de las reproducciones y al aumento de la mortandad, estos efectos se generan por estas tres causas:

*El uso de los campos:* la perdiz es una especie sedentaria y muy territorial, que vive en bandadas salvo en época de reproducción; su sedentarismo la perjudica seriamente cuando las condiciones de su hábitat cambian.

La utilización del suelo ha cambiado en grandes extensiones y ha pasado unas veces a la agricultura intensiva, y otras, a un abandono agrícola de los campos.

En el primer caso la agricultura moderna con su mecanización destruye nidos y polladas; el uso de semillas de rápido crecimiento para producción de cereal hace que se coseche mucho tiempo antes de que las polladas puedan defenderse, en muchos casos estas ni siquiera pueden nacer ya que el nido con huevos queda destruido.

Los agroquímicos, y otra vez las semillas de crecimiento rápido, quitan alimento a la perdiz ya que esta, en gran parte, se alimentaría de lo que se ha cosechado antes de su nacimiento. Como las perdices se alimentan también de insectos, alimento que en los pollos es básico en las primeras semanas de vida por la proteína que necesitan, resulta que los plaguicidas les arrebatan este tipo de comida. Otra tribulación más para la sufrida perdiz es que todos estos fitosanitarios artificiales y no asumibles por el ecosistema también influyen negativamente en su reproducción.

En el caso opuesto del uso intensivo del suelo, está el abandono agrícola de los campos; esto incide en un crecimiento indiscriminado del monte, lo que ha reconvertido el uso cinegético de producción de caza menor a caza mayor, y una especie muy sensible y por tanto realmente perjudicada es la perdiz.

*Los predadores:* íntimamente relacionado con lo anterior están los predadores oportunistas. No nos referimos a especies como el águila perdicera y otras aves rapaces cazadoras que debemos proteger y que están amenazadas por la escasez de perdices; son predadores de la perdiz, desde los ratones hasta los zorros, urracas y jabalíes, un largo elenco que destruye los nidos y las polladas jóvenes.

El problema surge en gran medida debido a la escasez de conejo; en las zonas donde su población ha disminuido la predación se desvía a otras especies, entre ellas la perdiz. Una población estable de conejo es una «fábrica» de proteína, para ser aprovechada por especies de predadores objeto de protección y para que los predadores oportunistas que también han de estar presentes en el campo sacien sus necesidades y, por supuesto, para ser objeto de aprovechamiento cinegético.

En el caso agrícola la limpieza del terreno destruye los cobijos, los nidos están expuestos a la vista de predadores y las polladas no tienen sitios para refugiarse.

En el caso de abandono de los campos para la agricultura, la gran proliferación de alimañas y la escasez de alimento han influido como factores principales en la práctica desaparición de la perdiz.

*Los cazadores:* el cazador, que siempre es ecologista, constantemente está preocupado por la conservación de las especies y su equilibrio entre ellas. Pero, a veces, este cazador sale a cazar desconociendo la peculiaridad del lugar donde ejerce su deporte.

La distribución por la geografía de cotos que están sometidos a una gran presión cinegética aumenta de un modo considerable la mortandad de la perdiz. La expresión, a la vuelta de una jornada de caza, de que «no hay nada», y que inconscientemente se ve normal, es la certificación de una tragedia.

Los furtivos, a los que no puede considerarse cazadores, son una mortificación más para este pájaro.

Y qué decir de las sueltas de perdices de granja, que a veces — pueden ser hasta híbridos— se quieren hacer pasar por silvestres.

Estas sueltas si son para darles caza, mal por lo artificial de la actividad en sí, y si son para repoblar, peor. Las repoblaciones no incentivan a hacer una buena gestión. La perdiz de granja dificulta la reproducción; lo que hace que, ante la escasez, se entre en un círculo vicioso de «soltar más». Por otro lado los predadores «aprenden» con las de granja y se pasan a la silvestre. Otro problema que

plantean es que pueden ser portadoras de enfermedades para las que la silvestre no está preparada.

No estoy en contra de las perdices de granja, en algunos casos puede ser la caza más ecológica, pero se necesitan normas que faltan, tanto en la defensa del consumidor (el cazador es un consumidor de caza), que debe saber lo que se le vende, como en la certificación genética y profiláctica de estas perdices.

Y antes de decir «adiós, perdiz, adiós» para siempre, hay que constatar que existen cotos donde la perdiz silvestre no falla nunca, es en aquellos donde se ha hecho más rentable su caza que cualquier otro recurso. Volvemos siempre al mismo sitio: la buena gestión es lo que hace la caza sostenible.